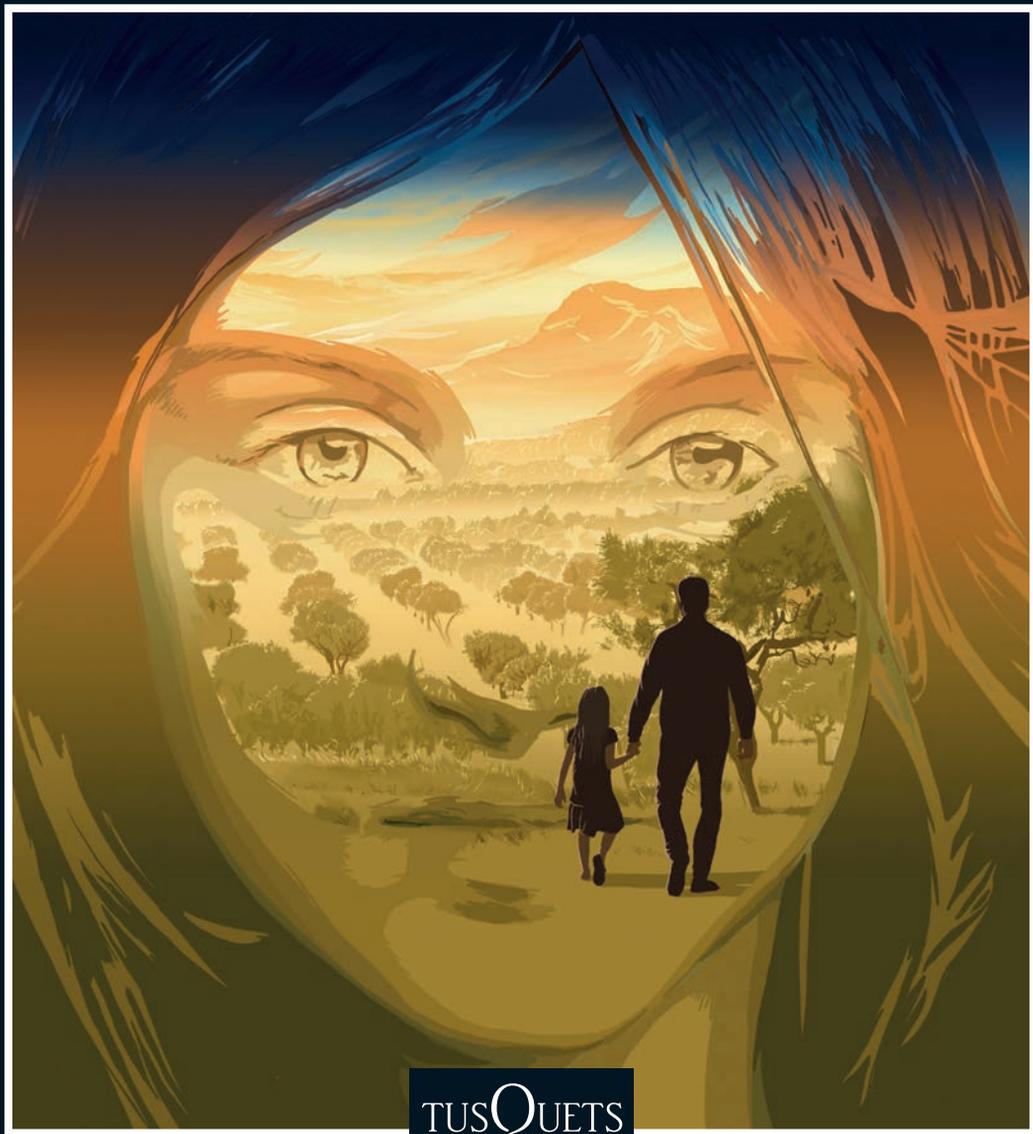


# Javier Cercas

# TERRA ALTA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

JAVIER CERCAS  
TERRA ALTA

Terra Alta I

TUSQUETS  
EDITORES

1.<sup>a</sup> edición en esta colección: marzo de 2022  
Publicado originalmente en Editorial Planeta, 2019

© Javier Cercas, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-090-4  
Depósito legal: B. 1600-2022  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Primera parte .....	11
Segunda parte .....	179
<i>Nota del autor</i> .....	365

Melchor está todavía en su despacho, cociéndose en el fuego lento de su propia impaciencia por terminar el turno de noche, cuando suena el teléfono. Es el compañero de guardia en la entrada de la comisaría: hay dos muertos en la masía de los Adell, anuncia.

—¿Los de Gráficas Adell? —pregunta Melchor.

—Los mismos —contesta el agente—. ¿Sabes dónde viven?

—Junto a la carretera de Vilalba dels Arcs, ¿no?

—Exacto.

—¿Tenemos a alguien allí?

—Ruiz y Mayol. Acaban de telefonar.

—Voy para allá.

Hasta ese momento, la noche ha sido tan tranquila como de costumbre. A esas horas de la mañana no queda casi nadie en comisaría y, mientras Melchor apaga las luces, cierra el despacho y baja por las escaleras desiertas poniéndose su americana, la quietud de la comisaría es tan compacta que le trae a la memoria sus primeros tiempos allí, en la Terra Alta, cuando todavía era un adicto al estruendo de la ciudad y el silencio del campo le desvelaba, condenándole a noches de insomnio que combatía a base de novelas y somníferos. Ese recuerdo le devuelve una imagen olvidada: la del hombre

que era él cuatro años atrás, al llegar a la Terra Alta; también le devuelve una evidencia: la de que ese individuo y él son dos personas distintas, tan opuestas como un malhechor y un hombre respetuoso de la ley, como Jean Valjean y el señor Magdalena, el protagonista desdoblado y contradictorio de *Los miserables*, su novela favorita.

Al llegar a la planta baja, Melchor recoge de la armería su Walter P99 de 9 milímetros y una caja de munición, y se dice que hace demasiado tiempo que no lee *Los miserables* y que aquella mañana tendrá que resignarse a no desayunar con su mujer y su hija.

Ya en el garaje, se monta en un Opel Corsa y, mientras sale de la comisaría al parque infantil que se abre ante ella, telefonea al sargento Blai.

—Reza para que sea muy importante lo que tienes que decirme, españolazo —gruñe el sargento, con la voz empapada de sueño—. Como no lo sea, te cuelgo de los cojones.

—Hay dos cadáveres en la masía de los Adell —dice Melchor.

—¿Los Adell? ¿Qué Adell?

—Los de Gráficas Adell.

—No jodas.

—Jodo —dice Melchor—. Acaba de llamar una patrulla. Ruiz y Mayol ya están allí. Yo voy de camino.

Bruscamente despierto, el sargento Blai empieza a darle instrucciones.

—No me digas lo que tengo que hacer —le interrumpe Melchor—. Sólo una cosa: ¿llamo a Salom y a los científicos?

—No, de las llamadas me encargo yo —dice el sargento Blai—. Hay que avisar a todo Cristo. Tú encárgate de preservar la escena, de precintar la casa...

—Tranquilo, sargento —vuelve a interrumpirle Melchor—. En cinco minutos estoy ahí.

—Dame a mí media hora —dice el sargento Blai y, como si ya no hablara con Melchor sino consigo mismo, masculla—: Los Adell, me cago en la puta. Va a montarse un pollo de la hostia.

Sin conectar la sirena ni poner el destellante en el techo del Opel Corsa, Melchor conduce a toda prisa por las calles de Gandesa, que a esa hora están casi tan desiertas como las escaleras y pasillos de comisaría. Pero sólo casi: de vez en cuando, se cruza con un ciclista en traje de ciclista, con un corredor en traje de corredor, con un coche que no se sabe si vuelve de una larga noche de sábado o empieza un largo domingo. Amanece en la Terra Alta. Un cielo color ceniza prelude una mañana sin sol y, a la altura del hotel Piqué, Melchor tuerce a la izquierda y sale de Gandesa por la carretera de Vilalba dels Arcs. Allí acelera, y pocos minutos después se aparta de la calzada tomando un camino de tierra que cien metros más allá desemboca en una masía. La rodea un alto muro de piedra erizado de pedazos de vidrio y prácticamente tapado por la yedra. La puerta de la masía, larga, apaisada y de metal marrón, está entreabierta y, aparcado delante de ella, hay un coche patrulla cuyas luces azules parpadean en el alba; junto al automóvil, Ruiz parece querer consolar a una matrona de rasgos aindiados, que llora sentada en un poyo.

Melchor baja del coche y le pregunta a Ruiz qué ha pasado.

—No lo sé —contesta el patrullero, señalando a la mujer—. Esta señora es la cocinera de la casa. Ha sido ella la que ha llamado. Dice que hay dos muertos dentro.

La mujer tiembla de pies a cabeza y, bañada en lágrimas, solloza estrujándose las manos en el regazo. Melchor intenta tranquilizarla y le hace la misma pregunta que le ha hecho a Ruiz, pero la única respuesta que obtiene es una mirada de terror y un balbuceo ininteligible.

—¿Y Mayol? —pregunta Melchor.

—Dentro —contesta Ruiz.

Melchor le pide a su compañero que precinte la entrada y se quede allí, atendiendo a la mujer y esperando a los demás. Luego cruza la puerta de la casa, vigilada por dos cámaras de circuito cerrado, y camina a paso vivo por un sendero que se adentra en un jardín bien cuidado —entre el césped crecen sauces, moreras y cerezos, rosas, dedaleras, margaritas, peonías, lirios, geranios, violetas y jazmines—, hasta que al doblar un recodo aparece la fachada del viejo edificio de tres plantas que se ve desde el cruce, con su gran portón de madera, sus balcones enrejados y su desván abierto de ventanas unidas por una cornisa con molduras. Recostado contra una de las jambas del portón, Mayol acaba de verle y, con las piernas ligeramente flexionadas y ambas manos sosteniendo la pistola —el azul oscuro de su uniforme recortado contra el ocre oscuro de la fachada—, parece exigirle por gestos que se acerque.

Melchor desenfunda su pistola mientras reconoce el dibujo barroco de un neumático en la tierra del sendero, que se ensancha hasta formar una explanada ante el portón entreabierto.

—¿Has entrado? —le pregunta a Mayol, recostándose en la otra jamba del portón.

—No —contesta Mayol.

—¿Hay alguien dentro?

—No lo sé.

Melchor se fija en que la cerradura de la puerta no ha sido forzada. Luego se fija en Mayol: suda a mares y tiene el miedo pintado en los ojos.

—Ponte a mi espalda —le dice.

Melchor pega una patada al portón y entra en la masía. Tomando todas las precauciones, seguido por Mayol, ins-

pecciona la planta baja en penumbra: un zaguán con un perchero, un arcón, vitrinas con libros y butacas, un ascensor, un baño, dos dormitorios con armarios roperos, camas intactas y aguamaniles de cerámica, una bodega bien surtida. Luego sube al primer piso por una escalinata de piedra que desemboca en un gran salón únicamente iluminado por una lámpara colgada del techo. Lo que allí ve le sume, durante largos segundos, en una acuciante sensación de irrealidad de la que sólo consigue arrancarle el gemido agónico de Mayol, que vomita sobre el suelo.

—¡Dios mío! —farfulla el patrullero mientras escupe todavía una papilla repugnante, hecha de bilis y restos de comida—. ¿Qué ha pasado aquí?

Es la primera escena de un asesinato que presencia Melchor desde que llegó a la Terra Alta, pero antes presencié muchas y no recuerda nada semejante.

Dos amasijos ensangrentados de carne roja y violácea se hallan frente a frente, en un sofá y un sillón empapados de un líquido grumoso —mezcla de sangre, vísceras, cartílagos, piel— que ha salpicado asimismo las paredes, el suelo y hasta la campana de la chimenea. En el aire flota un violento olor a sangre, a carne atormentada y a suplicio, y una sensación rara, como si aquellas cuatro paredes hubieran preservado los aullidos del calvario al que asistieron; pero, al mismo tiempo, Melchor cree percibir en la atmósfera de la estancia —y esto quizá es lo que más le perturba— un cierto aroma de exultación o de euforia, algo que no tiene palabras con que definir y que, si las tuviese, tal vez definiría como la estela festiva de un carnaval macabro, de un rito demente, de un gozoso sacrificio humano.

Fascinado, Melchor avanza hacia ese doble revoltijo espantoso, tratando de no pisar evidencias (en el suelo hay dos trozos de tela desgarrados y empapados de sangre, que sin

duda han servido para amordazar a alguien), y, al llegar ante el sofá, advierte a simple vista que los dos bultos sanguinolentos son los dos cadáveres meticulosamente torturados y mutilados de un hombre y una mujer. Les han sacado los ojos, les han arrancado las uñas, los dientes y las orejas, les han cortado los pezones, les han abierto el vientre en canal y luego han descuajado sus tripas y las han esparcido alrededor. Por lo demás, sólo hay que ver el gris blanquecino de su pelo y la flacidez descarnada de sus miembros (o de lo que queda de ellos) para comprender que se trata de dos ancianos.

Melchor siente que podría estar contemplando aquel espectáculo durante horas, a la luz asténica de la lámpara del techo.

—¿Son los Adell? —pregunta.

Mayol, que se ha quedado a unos metros, se acerca, y él le repite la pregunta.

—Creo que sí —contesta el patrullero.

Melchor ha visto algunas veces a los Adell en fotos de periódicos regionales y publicaciones comarcales, pero nunca en persona, y no es capaz de reconocer su recuerdo bajo aquella carnicería.

—Quédate aquí y que nadie toque nada —le dice a Mayol—. El sargento Blai debe de estar al caer. Voy a echar un vistazo.

La masía es enorme, parece llena de habitaciones y ha sido remodelada de una forma que a Melchor le parece salida de un reportaje de revista de arquitectos, preservando la vieja estructura y modernizando el resto. Entre el primer y el segundo piso, en un cuartito que quizá fue una despensa, Melchor encuentra un panel con varios monitores apagados; es el cuarto de las alarmas, y todas están desconectadas.

Sube al segundo piso y entra en una vasta sala rectangular a la que dan seis puertas, dos de las cuales están abiertas

de par en par. Más allá de la primera hay un dormitorio de matrimonio en el que reina un caos de saqueo: la cama ha sido despojada de sábanas, almohadas, colchas y colchones, que yacen en un rincón, rajados y amontonados; las mesillas de noche, las cómodas y los armarios han sido registrados y vaciados de mala manera; hay sillas, butacas y sillones tirados por todas partes, ropa de cama, ropa de vestir y ropa interior, y trozos de plástico, vidrio y metal que —comprueba Melchor tras examinarlos— son restos de teléfonos móviles destrozados y desprovistos de sus tarjetas SIM; hay frascos de medicinas, cremas, potingues, zapatos, zapatillas, revistas, periódicos, papeles impresos, restos de tazas y vasos, cofres vacíos; un precioso crucifijo de madera y marfil, un óleo del Sagrado Corazón de Jesús y varias fotografías familiares con marco de plata han sido arrancados de las paredes y arrojados al suelo de baldosas historiadas. Melchor deduce que aquello es el dormitorio de los viejos y, mientras observa el desorden, se pregunta si los asesinos eran simples ladrones, o si buscaban algo que quizá encontraron; o quizá no.

Acto seguido se dirige a la otra habitación con las puertas abiertas y descubre otro cadáver, este de una mujer de pelo pajizo, piel muy blanca y huesos grandes, que está sentada en el suelo junto a la cama deshecha, con la espalda apoyada contra un tabique y la cabeza caída sobre un hombro. La muerta lleva encima un camión color crema y una bata azul, y tiene los ojos abiertos como si hubiera visto al diablo y un orificio del tamaño de una moneda de diez céntimos en la frente, del que baja hacia la nariz y la boca un reguero perpendicular de sangre seca. Melchor inspecciona las cuatro habitaciones restantes —una sala de estar y tres dormitorios—, pero no descubre en ellas nada anormal. Luego sube al tercer piso, donde se halla el desván, empieza a revisarlo,

se da cuenta en seguida de que hasta allí no han llegado los intrusos y, al asomarse a una ventana y ver que ya hay cinco coches aparcados a la puerta de la masía, decide bajar.

El sargento Blai y el caporal Salom están contemplando los cadáveres de los ancianos cuando Melchor se reúne con ellos en el primer piso. Tres compañeros de la policía científica preparan en silencio, a la espalda de ambos, su equipo y su instrumental de trabajo. Al ver a Melchor, Blai le pregunta:

—¿Hay algún muerto más?

El sargento ha cumplido cuarenta y cinco años, pero aparenta menos. Viste unos vaqueros ajustados y una camiseta a rayas que le marca los bíceps y los pectorales y, bajo el cráneo sin pelo, sus ojos azules, directos y diáfanos observan la masacre con una mezcla de incredulidad y de asco.

—Uno —contesta Melchor—. Una mujer. La han matado de un tiro, pero no la han torturado.

—Debe de ser la criada rumana —conjetura Blai—. La cocinera dice que dormía con ellos.

—La habitación de los viejos está patas arriba —continúa Melchor—. Bueno, creo que es su habitación. Por el suelo hay restos de teléfonos móviles, han tenido buen cuidado de romperlos. ¿Habéis visto las huellas de neumáticos en el jardín?

El sargento Blai asiente sin apartar la vista de los Adell.

—Es lo único que me extraña —dice Melchor—. Todo lo demás apesta a profesionales.

—O a psicópatas —propone Blai—. Por no decir a endemoniados. ¿A quién si no iba a ocurrírsele una cosa así?

—Es en lo primero que pensé al entrar —admite Melchor—. En un ritual. Pero ya no lo pienso.

—¿Por? —pregunta Blai.

Melchor se encoge de hombros.

—No han forzado la puerta —responde—. Han desco-

nectado las cámaras y las alarmas. Han roto los móviles y se han llevado las tarjetas SIM para que no veamos las llamadas de los viejos. Y los han torturado a conciencia. Un trabajo de expertos. Podría ser un robo, a lo mejor se han llevado joyas y dinero, aunque yo no he visto ninguna caja fuerte. Pero ¿cuadra esta matanza con un robo? Quizá buscaban algo y por eso los han torturado.

—Quizá —dice el sargento Blai—. De todos modos, que sean profesionales no significa que no sean psicópatas. Ni que esto no haya sido un ritual. ¿Tú qué opinas, Salom?

El caporal parece hipnotizado por los cadáveres de los dos viejos, en apariencia incapaz de dar crédito a lo que ven sus ojos. La impresión le ha arrebatado su aire sosegado de costumbre: está un poco pálido, un poco desencajado, y respira por la boca; un temblor minúsculo le estremece el labio superior. Luce una barba boscosa, un cuerpo entrado en carnes y unas gafas pasadas de moda, todo lo cual le hace parecer mucho mayor que Blai, aunque sólo tenga un par de años más que él.

—Yo tampoco diría de entrada que es cosa de profesionales —contesta—. A lo mejor tienes razón, podrían ser unos tarados.

—¿Los conocías? —pregunta Blai.

—¿A los viejos? —pregunta a su vez Salom, señalando vagamente los cuerpos mutilados—. Claro. Su hija y su yerno son amigos míos. De toda la vida. —Dirigiéndose a Melchor, agrega—: Tu mujer los conoce también.

Hay un silencio, durante el cual Salom consigue por fin controlar el temblor del labio. El sargento Blai suspira, resignado, antes de anunciar:

—Bueno, voy a llamar a Tortosa. Nosotros solos no podemos encargarnos de esto.

Mientras el sargento habla con la Unidad de Investiga-

ción Territorial de Tortosa, Melchor y Salom se quedan todavía un momento contemplando la escabechina.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —pregunta Melchor.

Salom está recomponiéndose poco a poco. O es la impresión que da.

—¿En qué? —contesta.

—En lo que me dijiste el día que llegué aquí.

—¿Qué te dije?

—Que en la Terra Alta nunca pasa nada.

Con la ayuda de dos compañeros del grupo de investigación, Melchor acaba de descubrir que todas las alarmas y las cámaras de vigilancia de la casa llevan día y medio apagadas, porque se desconectaron a las diez y cuarenta y ocho minutos de la noche del viernes, cuando un patrullero asoma la cabeza por la puerta de la antigua despensa reconvertida en sala de seguridad.

—Ha llegado de Tortosa el subinspector Gomà —le dice a Melchor—. Barrera y Blai quieren que bajas.

Son las nueve de la mañana y ya está al completo en la masía de los Adell la Unidad de Investigación de la Terra Alta, que dirige el sargento Blai, y de hecho media comisaría, incluido su jefe, el subinspector Barrera. Para entonces hace ya un par de horas que reina en la casa precintada un frenesí silencioso de agentes uniformados y de paisano que van y vienen de un lado para otro, husmean, conversan, intercambian información, toman notas, sacan fotografías, filman, buscan huellas dactilares o ponen cartones numerados en los puntos donde encuentran o creen encontrar indicios, tratando de preservar intacta la escena del crimen y de aislar o desentrañar las pistas útiles para resolverlo. A la puerta de la masía, dos uniformados bloquean desde hace

rato el paso a los curiosos y los periodistas que, cada vez en un número mayor, se agolpan allí. La mañana se anuncia calurosa y húmeda; al cielo grisáceo del amanecer le han salido unas nubes panzudas, que amenazan lluvia.

En el salón del primer piso, el subinspector Barrera y el sargento Blai conversan con un hombre que, deduce Melchor, debe de ser el subinspector Gomà, nuevo jefe de la Unidad de Investigación Territorial de Tortosa. A su lado hay una treintañera enjuta, de aspecto duro y pelo corto, moreno y ensortijado, que lleva un iPad en las manos y un corazón rojo atravesado por una flecha tatuado en la clavícula; es la sargento Pires. Melchor la conoce de alguna reunión en Tortosa, pero nunca se había fijado en su tatuaje, o quizá es que acaba de hacérselo. Los cuatro mandos observan los cadáveres martirizados de los viejos mientras varios agentes de la policía científica, con mono blanco, guantes y fundas de zapatos azules y mascarilla verde, trajinan a su alrededor, enfrascados en su trabajo y sin hablar o hablando en susurros. Melchor se queda a unos pasos de ellos, seguro de que el subinspector Barrera y el sargento Blai están dando tiempo a que los recién llegados procesen aquella escena macabra, y se pregunta si ellos también podrían pasarse horas contemplando a los muertos. El sargento Blai está detallando los suplicios a los que parecen haber sido sometidos los cuerpos de los Adell, como si no estuviesen a la vista de todos, hasta que de golpe advierte la presencia de Melchor. Blai se lo presenta al subinspector Gomà, que le estrecha la mano con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

—¿Es usted el primer investigador que llegó aquí?

—Sí —dice Melchor—. Estaba de guardia cuando me avisaron.

—Cuénteme lo que sabe.

Melchor se lo cuenta mientras ambos dan la espalda a los

cadáveres y se alejan hacia el centro del salón, seguidos por los demás. Junto a ellos, la sargento Pires toma notas en su iPad y el sargento Blai matiza o apostilla de vez en cuando el relato de Melchor, pero no lo contradice. Cuando Melchor termina de hablar, el subinspector Gomà reflexiona un momento y pide al subinspector Barrera y al sargento Blai que dejen un par de hombres a la entrada de la masía y reúnan en la planta baja al resto de los efectivos.

Cinco minutos después se ha formado un corro de policías en torno al subinspector Gomà y al subinspector Barrera, en el salón de la planta baja, y Gomà empieza a hablarles. Se dirige a todos, pero en especial a los miembros de la policía científica. El subinspector promete que será muy breve. Dice que es imposible exagerar la importancia de aquel caso y la repercusión que, cabe suponer, tendrá en los medios. Dice que todos se juegan mucho en él. Dice que los esperan días de mucho trabajo, que ellos solos no van a poder llevarlo a cabo y que durante toda la mañana seguirán llegando refuerzos de Tortosa. Dice que es indispensable preservar lo mejor posible la escena del crimen y que por eso, aparte de la policía científica, cuanta menos gente suba a los pisos de arriba mejor. Dice que los miembros de la policía científica deben repartirse la casa por zonas y examinarla hasta el último rincón, milímetro a milímetro, de tal manera que no se les escape ni un solo indicio, por minúsculo que sea, por insignificante que parezca. Señala a la sargento Pires y dice que va a ser la encargada de llevar la investigación y de redactar el atestado y que necesita que un policía científico de la Terra Alta centralice la recogida de pruebas a fin de entregárselas a ella. Gomà interroga con la mirada al sargento Blai.

—¿Sirvent? —pregunta Blai, señalando a un policía que asoma su cara ovalada y sus ojos de ardilla por la abertura facial de su mono—. ¿Te encargas tú?

Sirvent dice que sí. Satisfecho, el subinspector Gomà pasea la mirada en torno a él, como si quisiera escanear a todos sus subordinados. Es un hombre de mediana estatura, de ojos fríos y pelo gris, impecablemente peinado con la raya a la izquierda; viste un traje de mezclilla beis, una camisa blanca y una corbata marrón, y sus gafas, pequeñas, cuadradas y sin montura, le confieren un vago aire académico.

—Eso es todo —termina el subinspector—. Insisto, cualquier detalle cuenta. Si tienen alguna duda, pregunten. ¿Está claro? —Todo el mundo asiente—. Adelante, entonces.

El grupo se dispersa por la masía con un rumor de multitud, pero el subinspector Gomà le ordena a Melchor que no se vaya.

—Dígame una cosa —le pide Gomà, una vez que se han quedado los dos a solas con el subinspector Barrera, la sargento Pires y el sargento Blai—. ¿Por qué cree usted que esto es obra de profesionales?

—Porque no han cometido errores —contesta Melchor—. Por lo menos a simple vista. El único, el de los neumáticos.

—Son Continental —interviene Blai—. Pero no creo que podamos averiguar qué clase de coche los llevaba.

—Quizá no sea un error —sugiere Gomà—. Quiero decir —se apresura a aclarar—, me parece un error demasiado evidente para ser un error. Quizá lo han hecho adrede, para despistarnos.

La observación del subinspector provoca un silencio. Lo rompe el sargento Blai.

—No tengo tan claro que sea cosa de profesionales —discrepa.

—Yo tampoco —le secunda el subinspector Barrera—. Además, hay huellas por todas partes.

—Apuesto a que la mayoría son de las víctimas —dice Melchor—. O de su familia.

—Hablando de la familia —interviene el subinspector Gomà—. ¿La hemos avisado?

—Todavía no —dice Blai.

—¿Y a qué esperamos? —pregunta Gomà—. En cuanto los avisen, tómenles las huellas. Y después tomen las de todas las personas que estuvieron en la casa en los dos últimos días. Así podremos distinguirlas de las de los asesinos. Si es que encontramos alguna.

La sargento Pires transcribe en su iPad las órdenes del subinspector, y el sargento Blai se vuelve a un lado y a otro, buscando a alguien con la mirada; como no lo encuentra, abandona el salón. Sin decir nada, el subinspector Gomà se dirige al piso de arriba y le pide a Melchor que le acompañe; tras ellos suben el subinspector Barrera y la sargento Pires. Al llegar al salón donde se hallan los cadáveres, Gomà se queda un momento mirándolos y luego señala un charco de materia pastosa que ensucia el suelo.

—¿Alguien podría explicarme qué es eso? —pregunta.

—El patrullero que entró conmigo vomitó —contesta Melchor.

—No ha sido el único —advierte el subinspector Barrera—. Sólo que los demás hemos sido más discretos.

El subinspector Gomà observa con una punta de ironía a su compañero, que aparta la mirada, descontento.

—Deberían haberme avisado —se lamenta Barrera, acariciándose el vientre—. Acababa de desayunar y he echado hasta los higadillos.

El jefe de la comisaría de la Terra Alta ordena que limpien el charco, pero se desdice antes de que Gomà le recuerde que no hay que tocar nada en aquel salón hasta que la policía científica termine su trabajo. El sargento Blai se reúne de nuevo con ellos.

—Voy a montar un equipo de investigación —les anun-

cia el subinspector Gomà—. Nosotros ponemos cinco hombres, más la sargento. Necesito que vosotros me prestéis otros dos.

—Los que necesites —dice el subinspector Barrera.

Gomà señala a Melchor.

—Uno es este chaval —dice—. Y quiero a otro que conozca bien la comarca. Y que viva aquí.

—Tengo a su hombre —dice el sargento Blai—. Es amigo de la familia.

—¿De los Adell?

—Sí.

—Dígale que venga.

—Acabo de ordenarle que vaya a darles la noticia.

—Que vuelva.

Blai se aparta otra vez del grupo para hablar por teléfono y regresa en seguida. Poco después aparece Salom. El subinspector Gomà le extiende una mano, señala los cadáveres de los viejos y le pregunta si los conoce.

—En la Terra Alta todo el mundo los conoce —dice Salom—. Este es un sitio pequeño.

—Personalmente, quiero decir.

—Sí —asiente Salom—. Nací en Gandesa y casi siempre he vivido aquí, igual que ellos. Bueno, igual que él, ella nació fuera, aunque llevaba toda la vida en la Terra Alta. Pero a quien conozco sobre todo es a su hija y a su yerno. Sobre todo a su yerno. Somos buenos amigos.

—¿No tenían más hijos?

—No. Ni más familia directa. Que yo sepa.

El subinspector Gomà le pregunta si es verdad que la familia Adell es la más acaudalada de la comarca. Salom vuelve a asentir.

—El viejo era un empresario de primer nivel —dice—. Media Gandesa es suya. Y Gráficas Adell, claro.

—Fabrican manipulados del papel —tercia el subinspector Barrera—. Envoltorios para magdalenas, bandejas para pastelerías, cajas de bombones, cartulinas, moldes para huevos y para almendrados. Cosas así. Es la empresa más fuerte de la Terra Alta.

—Tienen la fábrica principal en el polígono de La Plana, a las afueras de Gandesa —agrega Salom—. Y sucursales en países del este de Europa y de Latinoamérica.

—¿Quién llevaba todo eso? —pregunta el subinspector Gomà.

—¿Quién mandaba? —pregunta a su vez Salom. Gomà asiente—. El viejo —contesta el caporal—. Hay un gestor que siempre ha estado con él y que pinta mucho y lo controla todo. Y el yerno es consejero delegado.

—El yerno es su amigo —recuerda Gomà.

—Sí —dice Salom—. Albert Ferrer, se llama. Pero quien mandaba era el viejo. Todas las decisiones importantes seguía tomándolas él.

—¿Qué edad tenía? —pregunta Gomà.

—No lo sé —contesta Salom—. Menos de noventa años, seguro que no.

El subinspector alza las cejas, curva los labios y cabecea un poco, impresionado por el dato. Luego se vuelve hacia los cadáveres de los viejos, como si necesitara cerciorarse de que siguen allí. La sargento Pires también lo hace; ha dejado de tomar notas y observa expectante a Gomà. A unos pasos del grupo, el subinspector Barrera y el sargento Blai hablan entre sí. Melchor se fija en el tatuaje de la clavícula de la sargento y se da cuenta de que hay algo escrito en él, aunque no acierta a leerlo.

—Quiero un informe completo sobre las empresas de la familia —pide de golpe el subinspector Gomà: le habla a la sargento, que vuelve a escribir—. Para la reunión de esta tarde. ¿A qué hora la has convocado?

—A las cinco —contesta ella sin levantar la mirada de su iPad.

—¿Crees que habrá tiempo suficiente? —pregunta Gomà. Pires asegura que sí y el subinspector añade, señalando a Melchor y a Salom—: A ustedes dos también los quiero allí. En comisaría, quiero decir.

Melchor y Salom asienten.

—Dígame otra cosa —continúa Gomà, dirigiéndose ahora a Salom—. Los Adell debían de tener muchos enemigos, ¿no? —La pregunta parece desconcertar al caporal; el subinspector aclara—: Gente que los quisiese mal. Gente que los odiase.

—No creo que tuvieran muchos —contesta Salom—. ¿Por qué lo dice?

—Porque la gente rica suele tenerlos —explica Gomà—. Cuanto más ricos, más enemigos.

—Dudo que fuera el caso de los Adell —dice Salom, con una mueca escéptica—. Al menos aquí, en la Terra Alta. Piense que daban trabajo a mucha gente, la mitad de la comarca trabaja para ellos. Además, eran personas muy religiosas. Se habían hecho del Opus Dei, aunque lo llevaban con mucha discreción. Eran así, discretos. Y austeros. Y se relacionaban con todo el mundo. Y ayudaban a la gente. No, yo creo que aquí más bien se los quería. Y a su familia también.

El subinspector Barrera y el sargento Blai apoyan el dictamen del caporal con datos e impresiones personales que la sargento Pires parece también anotar o resumir en su iPad. Cuando el intercambio de opiniones languidece, Salom comenta:

—Bueno, debería ir a avisar a la familia.

—Vaya, vaya —le anima el subinspector Gomà—. Y no olvide tomarles las huellas a todos. Blai, ¿ha llamado al juez?

—Justo después de llamarle a usted —contesta Blai—. Me ha dicho que le avise en cuanto estemos listos.

—Pues ya puede hacerlo.

El sargento Blai camina hacia un rincón ya examinado por la policía científica para hablar por teléfono a solas y se cruza con un patrullero que viene en busca del subinspector Barrera, quien, tras escuchar su recado, se disculpa y sale con él del salón. Por su parte, el subinspector Gomà se pone a dar instrucciones a la sargento Pires, momento en el cual Melchor decide apartarse para seguir con su trabajo. Antes de que pueda hacerlo, Gomà le retiene de nuevo.

—Espere —dice—. No he terminado con usted.

Melchor aguarda. Entre tanto, dos miembros de la policía científica de Tortosa cargados con maletines irrumpen en el salón, se quedan unos segundos paralizados ante los cadáveres de los Adell y luego se dirigen a Sirvent y dialogan con él mientras acaban de calzarse los monos, los guantes, las fundas de los zapatos y las mascarillas. Muy cerca de Melchor, una compañera de la policía científica lleva unos minutos pasando un pincel por un aparador en busca de huellas dactilares. Cuando suena el teléfono de la sargento Pires, el subinspector Gomà le indica que lo coja.

—Un minuto —se disculpa la sargento, levantando un índice—. Es López, de prensa.

El subinspector Gomà toma de un brazo a Melchor y se lo lleva hasta una esquina del salón, cerca de la escalera que sube hacia la segunda planta.

—Barrera y Blai me han contado quién eres —dice, pasando sin previo aviso al tuteo.

Gomà le ha soltado el brazo; detrás de los cristales de las gafas, sus ojos fríos se han vuelto helados, inquisitivos. Melchor adivina a qué se refiere el subinspector, pero se limita a sostenerle la mirada.

—Había oído hablar mucho de ti —le confiesa Gomà—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde los atentados? ¿Cuatro años, cinco?

Melchor contesta que cuatro.

—Aquello estuvo bien —prosigue el subinspector, volviendo a cabecear—. Hay que tenerlos bien puestos para hacer una cosa así. Te felicito. —Se quita las gafas, humedece los cristales con su aliento y, mientras usa la punta de un pañuelo para limpiarlos, matiza—: Pero no todo lo que dicen de ti es tan bueno como eso. Lo sabes, ¿verdad?

Melchor lo sabe, por supuesto, porque sabe que, sobre todo desde que llegó a la Terra Alta, han circulado muchas leyendas sobre él, la mayor parte falsas. Por un momento piensa en las verdaderas y a punto está de contestarle a Gomà que sí lo sabe, aunque sólo para poder añadir que él ya no es el que era, que en aquellos cuatro años ha cambiado, que ahora tiene una mujer y una hija y una vida distinta. Pero, porque está seguro de que no acertará a decirle eso al subinspector como hay que decírselo, y porque además no quiere líos, al final se calla.

Gomà deja transcurrir unos segundos y se pone las gafas.

—Lo que quiero decir es que no te confundas —explica, mirando cara a cara a Melchor—. Hay gente que se olvida de que esto es un trabajo en equipo. Yo no. Yo lo tengo siempre presente. Espero que tú también, al menos mientras estés conmigo. Ya has visto que te he elegido para que me ayudes en este asunto. Eso significa que confío en ti. Me han dicho que puedo hacerlo, espero que no me decepciones. Sea como sea, quiero que en mi equipo seas uno más. Sólo eso. Uno más. Me explico, ¿verdad?

Melchor asiente.

—Es importante que lo comprendas —insiste Gomà—.

Si no lo comprendes, dímelo. Te apartaré del caso y en paz. Será lo mejor. Para ti y para mí. Y para el caso.

Melchor asiente otra vez. Una sonrisa complacida desnuda los dientes del subinspector.

—Estupendo —dice—. Me alegra que nos entendamos.

La sargento Pires ha terminado de hablar por teléfono hace unos segundos y, desde entonces, espera a una distancia discreta el fin del conciliábulo entre los dos hombres. Ahora se acerca a ambos, pero, antes de llegar a ellos, el subinspector Gomà regresa del «tú» al «usted», consciente de que la sargento los escucha de nuevo.

—Si ha estado de guardia esta noche, no habrá dormido —le dice.

—No —reconoce Melchor.

—Espere hasta que llegue el juez —le pide el subinspector—. Quiero que le cuente lo que me ha contado a mí. Luego váyase a comer algo y a descansar un rato. Esta tarde le necesito fresco.

La comitiva judicial comparece en la masía poco antes de las once de la mañana. Advertidos de su presencia por un patrullero, los subinspectores Gomà y Barrera reciben al grupo en el jardín, acompañados por los sargentos Blai y Pires. Melchor y Salom los observan a distancia, desde la puerta de la casa. Integran la comitiva el forense, el secretario del juzgado y el juez, un hombre obeso, mofletudo y casi calvo, que sostiene sus pantalones con tirantes y que, tras conversar un par de minutos con Gomà, echa a andar en cabeza del grupo hacia la escena del crimen. Al pasar junto a Melchor y Salom, Gomà les ordena con un gesto que se sumen a ellos. Obedecen, y de ese modo, cuando entran en el salón donde se hallan los dos cadáveres, contemplan la dispar reacción de los recién llegados al horror que les aguarda allí: mientras el juez —resollando todavía por el esfuerzo de su-

bir a pie las escaleras y secándose el sudor de la cara con un pañuelo blanco— lo observa inmóvil, con los ojos desorbitados y la boca pasmada, más o menos como hace el secretario del juzgado, el forense, embebido en una pachorra profesional, se prepara para trabajar, escudriñando aquella bestialidad como si él no fuera un forense sino un matemático y lo que tuviera delante no fuesen dos cuerpos masacrados sino una doble ecuación cuadrática.

—La puta de oros —exclama por fin el juez—. Qué coño es esto.

Poco después, sin tiempo apenas para que el magistrado y el secretario se repongan del sobresalto, se inicia el levantamiento de los cadáveres. Protegido con unos guantes azules y un guardapolvo gris, el forense empieza a examinar los restos de los Adell, y el juez, secándose todavía las sienes con su pañuelo, le pide al subinspector Gomà que le explique con detalle lo que saben.

—Prefiero que lo haga él. —Gomà señala a Melchor—. Fue el primero en llegar.

El juez repara en Melchor. Los dos hombres se tratan con cierta asiduidad en el juzgado, pero Melchor no está seguro de que el juez le conozca por su nombre.

—Cuénteme, hijo —le dice el juez—. Soy todo oídos.

En cuanto hurga con la llave en la cerradura, Melchor oye un grito en el interior de la casa. Segundos después tiene a su hija en los brazos, colgada de su cuello, besándole y jadeando como si acabara de correr los cien metros lisos. Sin saludarlo siquiera, Cosette intenta explicarle algo, que Melchor no entiende; al final comprende que le está preguntando si puede ir a casa de una amiga.

—¡Porfa, papá!

Acaban de entrar en la cocina. Melchor interroga a su mujer con la mirada.

—Nos hemos encontrado a Elisa Climent en la plaza —contesta Olga—. Ella y su madre la han invitado a jugar a su casa.

Melchor finge sorprenderse.

—¿En serio? —pregunta.

—¡Sí! —exclama Cosette—. ¿Puedo ir, papi?

Ahora Melchor finge dudar.

—Pues no sé qué decirte, chica —dice.

—¡Porfa, papi! —implora Cosette, agitándose en sus brazos—. ¡Porfa, porfa, porfa!

A Melchor se le escapa la risa.

—Está bien —dice por fin y, en un arrebato de gratitud, Cosette le estampa un beso en la mejilla—. Pero con una condición.

Cosette aparta un poco su cara de él y le mira, inquieta.

—¿Cuál? —pregunta.

—Que me des un beso.

Cosette sonrío: una sonrisa radiante, que le ilumina la cara.

—¡Si ya te lo he dado!

—Otro.

Cosette le besa.

—Más fuerte —dice Melchor.

Cosette aplasta con todas sus fuerzas la boca contra la mejilla de su padre.

—Más fuerte —repite Melchor.

Irritada, Cosette hace un puchero.

—¡Mamá, mira a papá! —protesta.

Melchor deja a su hija en el suelo y le da una palmada en el culo. Sobre la mesa de la cocina hay dos platos manchados con restos de pasta, un vaso vacío, una copa mediada de vino tinto y una botella mediada de agua.

—¿Ya habéis comido? —pregunta Melchor.

—Claro —contesta Olga—. No sabíamos a qué hora ibas a volver, y Elisa y su mamá deben de estar a punto de llegar. Pero te hemos dejado algo.

—Menos mal —dice Melchor—. Si no hay comida... —se agacha y suelta un rugido de fiera al tiempo que enseña las fauces, extiende unos brazos amenazantes hacia Cosette y convierte sus dedos en un simulacro de garras—, os como a las dos.

Cosette pega un chillido y, asustada y temblorosa, riéndose, corre a esconderse detrás de su madre. Melchor también se ríe, encantado del susto que acaba de darle a su hija, que asoma un ojo vigilante junto a las piernas de su mujer.

—Debes de estar muerto de hambre y de sueño —dice Olga.

—Más o menos —dice Melchor, incorporándose—. Anda, dejadme que me dé una ducha.

Mientras está enjabonándose bajo el agua, suena el timbre de la casa y, cuando vuelve a la cocina en pijama, Cosette se ha marchado y en la mesa le espera un plato humeante de macarrones con salsa boloñesa y una lata helada de Coca-Cola.

—¡Qué espanto lo de los Adell! —exclama Olga.

—¿Cómo te has enterado? —pregunta Melchor.

—¿Cómo quieres que no me entere? El pueblo es un hervidero, la noticia está en todas partes. No se oía hablar tanto de la Terra Alta desde la batalla del Ebro. ¿Sabéis quién puede haber sido?

—Ni idea.

—¿No tenéis ninguna pista?

—Ninguna. Pero no te preocupes. Los pillaremos.

Sentada de perfil frente a él, con la espalda recostada contra la pared y las piernas cruzadas por las rodillas, Olga le cuenta lo que ha escuchado esa mañana en la radio mientras

apura, sorbo a sorbo, su copa de vino. Viste una blusa blanca y unos vaqueros gastados, y lleva el pelo liso y oscuro, no muy largo, recogido en la nuca con una pinza. Melchor la escucha empujando de vez en cuando los macarrones con grandes tragos de Coca-Cola, disfrutando de lo bien que se expresa, maravillado de tener para él solo una mujer como aquella: guapa, educada, bondadosa.

A sus casi treinta años, Melchor siente a menudo que, desde que conoció a Olga, su vida no es aquella a la que estaba destinado, que su madre le engendró para la existencia sórdida que llevó hasta llegar a la Terra Alta y que, desde entonces, está usurpando una vida ajena, luminosa, infinitamente mejor que la que le correspondía. A veces sufre pesadillas sobre su otra vida, se despierta empapado en mitad de la madrugada, y, tras un instante de pánico aturdido, con un alivio indescriptible se da cuenta de que está allí, en su casa de Gandesa, con su mujer durmiendo junto a él y su hija un poco más allá, al otro lado del pasillo. De regreso en la realidad, acaricia el cuerpo de Olga, se levanta de la cama, entra en la habitación de Cosette, la mira dormir durante unos segundos, se dirige al comedor, cierra las puertas y, caminando arriba y abajo y gesticulando como un demente, se pasa un rato gritándose en silencio a sí mismo, en la quietud total de la madrugada, que es el hombre más afortunado del mundo.

Melchor deja hablar a Olga, asintiendo de vez en cuando, de vez en cuando intentando edulcorar, rebajar o enmascarar la truculencia de lo que ha ocurrido en la masía, o de lo que algunos periodistas cuentan que ha ocurrido, y en determinado momento le pregunta si conocía a los Adell.

—Claro —contesta Olga. Tiene la copa de vino cogida por el tallo de cristal, y la hace girar lentamente sobre sí mis-

ma, concentrada—. Sobre todo a su hija, Rosa se llama, es mucho mayor que tú. De mi edad. De niñas íbamos juntas al colegio, éramos casi vecinas. A su marido también lo conozco.

—Es amigo de Salom —dice Melchor.

—Sí, muy amigo. —Olga levanta la vista para darle la razón a Melchor y su copa deja de girar—. Son como el día y la noche, pero vivieron juntos en Barcelona cuando estudiaban, entonces se hicieron amigos. Yo con quien más relación tuve fue con ella. Mi padre y su padre también eran amigos. Bueno, fueron amigos en una época, cuando nosotras éramos niñas, después dejaron de tratarse. Mi padre contaba que Adell era huérfano, por lo visto a su padre lo mataron en la guerra, y él tuvo que espabilarse solo. —Olga se lleva la copa a los labios y da otro sorbo—. De chico se ganaba la vida recogiendo metralla en las sierras, como mi padre y como tanta gente en la comarca, después de la guerra el campo estaba sembrado de metralla. Luego Adell se hizo chatarrero, y en los años sesenta o setenta compró por cuatro duros una empresa de artes gráficas en quiebra. Ahí empezó a hacer su fortuna. Pero, claro, la cosa no fue de un día para otro, no tuvo un golpe de suerte. Trabajaba como un loco, día y noche, sábados, domingos y festivos; era un hombre muy ambicioso, quería prosperar, llegar a ser alguien, eso decía mi padre. También decía que era muy listo. Así convirtió Gráficas Adell en la empresa más potente de la comarca. Nadie le regaló nada.

—¿Por qué dejaron de tratarse él y tu padre?

Olga se encoge de hombros.

—No lo sé, mi padre nunca me lo explicó. Lo que sí sé es que era un tipo especial. Habrás oído decir que era muy católico. —Melchor asiente mientras ensarta macarrones con el tenedor—. Pues es verdad, pero mi padre siempre me

contaba que, cuando eran amigos, Adell le decía: «Mira, Miguel, el día que no jodo a nadie, no soy feliz».

Olga sonrío, por la frase de Adell o por el recuerdo de su padre, y una finísima red de arrugas brota en la comisura de sus labios. Mientras mastica, Melchor recuerda cuando conoció a su mujer, al llegar a la Terra Alta, y un hilo de frío como una punzada de deseo le recorre la espalda.

—Pero la gente de aquí los quería, ¿no? —pregunta—. A los Adell, digo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Salom.

Olga ladea la cabeza y entorna los párpados, dubitativa.

—Por lo menos dan trabajo a mucha gente —insiste Melchor.

—Sí, pero ¿qué clase de trabajo? —se pregunta Olga, que descruza las piernas, mira de frente a Melchor y aparta a un lado la copa, como para que nada se interponga entre ellos—. Los sueldos que pagan son bajísimos, porque los pactan con los demás empresarios de la comarca, y sus fábricas ni siquiera tienen comités de empresa. Quien quiera quedarse en la Terra Alta se tiene que conformar con la miseria que les dan. Eso lo sabes tú mejor que yo. ¿Cuántos trabajadores forasteros debe de haber ahora mismo en la Terra Alta por cada trabajador de aquí?

—Tres o cuatro —contesta Melchor—. La mayoría rumanos y muchos ilegales.

—O sea —explica Olga—, pobre gente dispuesta a trabajar por tres veces menos dinero que los de aquí.

—Y, a pesar de eso, los de aquí no se largan.

—Claro que no. Porque en la Terra Alta somos conservadores, te lo he dicho mil veces. Los que hemos nacido aquí no queremos marcharnos, queremos seguir viviendo aquí. Y, si nos marchamos, volvemos, como Salom o como yo.

O como los Adell, que podrían vivir en cualquier parte, pero aquí siguen. Claro que los Adell son ricos. Pero da igual, los demás somos como ellos. Este es un sitio pobre, con poco se puede ir tirando.

Olga se levanta, se sirve algo más de vino y se lo toma de un trago, recostada contra la puerta de la nevera.

—Mira, Melchor —prosigue—. Los Adell son como un árbol que da mucha sombra, pero no deja crecer nada a su alrededor. Lo controlan todo. Tienen propiedades por toda la Terra Alta, y media Gandesa es suya, así que dan trabajo a la gente en sus empresas, les venden las casas donde viven y hasta los muebles con que las llenan, ¿de quién te crees que es Muebles Terra Alta? En fin, la verdad es que Adell era un cacique. Eso no es hablar mal de él, es describirlo.

—¿Estás diciendo que más de uno se alegrará de lo que ha pasado?

—No, estoy diciendo lo que estoy diciendo. Y lo que estoy diciendo es la verdad. Salom lo sabe igual que yo. Habla con los trabajadores de Gráficas Adell y verás. Seguro que no te dicen que era un mal bicho, o que los maltratara personalmente, porque seguro que no lo hacía. Más bien al contrario, todo el mundo dice que era un viejo muy simpático. Pero apuesto a que acaban reconociendo que los explotaba. —Olga señala con su copa vacía el plato vacío de Melchor—. ¿Quieres más pasta?

Melchor niega con la cabeza y Olga le pregunta si le prepara un café. Melchor vuelve a decir que no.

—Lo que quiero es dormir un rato —dice, señalando un reloj de pared en forma de manzana, que marca las dos y media—. A las cinco tengo que estar en comisaría.

Entre los dos recogen la mesa y dejan los platos, los cubiertos y la copa de vino en el fregadero. Olga se agacha para meter la lata de Coca-Cola en una bolsa donde ya hay un

tetrabrik y un par de botellas de plástico. Cuando se incorpora, Melchor la coge por la cintura, la besa en el cuello, le busca la boca, se la encuentra. Apartándose, Olga le dice:

—Anda, no seas pesado y vete a dormir.

Melchor sonríe, le coge una mano y se la lleva a la entrepierna.

—Se duerme mucho mejor despu es de un buen polvo.

—Joder, poli —se r e Olga—. T  siempre listo para disparar.